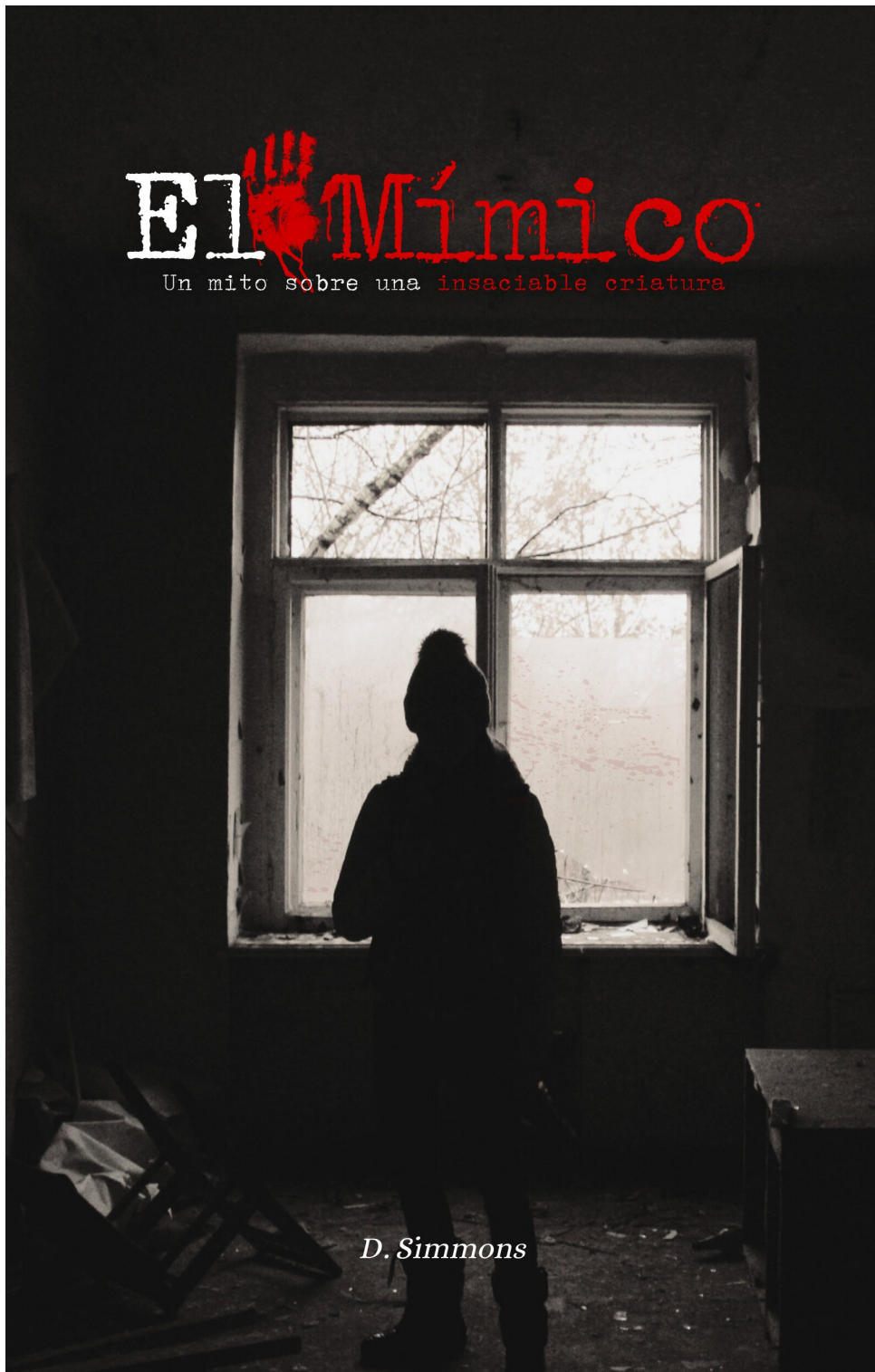


El Mímico: Un mito sobre una insaciable criatura

Simón Dron



Capítulo 1

Me llamo Alén y tengo catorce años, los cuales cumplí hace poco, vivo en un remoto pueblo situado al norte de Canadá, por aquí todos los días son aburridos y fríos.

Mis padres sufrieron un trágico accidente hace algunos años, así que convivo con mis abuelos maternos y mi hermana Elizabeth, ella tan solo tiene tres años y medio.

Vivimos en una casa decrepita que fue construida hace décadas, tiene dos pisos, unas pocas habitaciones y un sótano al cual no tenemos acceso.

Cuando era pequeño tenía pesadillas recurrentes sobre ese sótano, hasta hoy sigo sin entender el porqué las tenía, me provocaba despertar aterrado en las madrugadas.

Hoy hace más frío de lo normal, el viento aúlla, golpea las ventanas y sacude las puertas, a través de la única ventana de mi habitación puedo observar que afuera está nublado, parece que la nevada anual va comenzar pronto.

No tenemos escuelas en este pueblo, es pequeño y cerrado, gran parte de la comunidad está compuesta de adultos y ancianos, con problemas de salud o económicos.

Siempre me quedo sentado en los escalones de la entrada de casa, mientras veo con detenimiento el fondo del bosque que nos rodea y el resto de cabañas que parecen derrumbarse, deseando que algo entretenido suceda, pero ese deseo nunca se cumple.

Aquel sótano siempre ha captado mi atención, está cubierto por una robusta escotilla de roble, ni siquiera tiene un candado, está situado a un lado de los escalones, contra una pared, día tras día me pregunto que es lo que esconden mis abuelos allí.

Término de divagar sobre mis rutinarios pensamientos y me pongo un abrigo antes de bajar a la cocina, todos mis abrigos tienen agujeros desgarrados y olores rancios, pero es lo que nos podemos permitir.

Mi habitación es el único cuarto que hay en el segundo piso, mientras voy bajando me aseguro de calentarme las manos entre ellas, tengo los dedos entumecidos y pálidos.

Justo abajo está la cocina y comedor, en un costado la habitación de mis abuelos, donde mi hermana pequeña duerme con ellos, y en frente de la cocina se encuentra la entrada, una desgastada puerta de madera con los

bordes de metal oxidados.

La abuela parece ser la única en casa, está tejiendo, me dice que el abuelo se fue a dar un paseo con mi hermana, así que no me preocupa.

Voy afuera, sentándome justo a un lado de la entrada, cerca del sótano, observando alrededor.

Nosotros pocas veces desayunamos o almorzamos, estamos acostumbrados a este precario estilo de vida, debido a eso no tengo mucho que hacer tras despertar, tan solo pasar las frías mañanas charlando con mis abuelos.

Miro hacia abajo y agarro una rama que hay en el suelo, con amargura le doy un golpe a la escotilla, la rama se quiebra a la mitad y sale volando para un costado.

Justo veo a mi abuelo regresando, lleva a mi hermana de la mano, pero frunce el ceño y apresura el paso al darse cuenta de que estoy husmeando en la entrada del sótano, otra vez.

Observo la mitad de la rama y luego a él, "*lo siento abuelo*", le digo tras acercarse, de cualquier forma empieza a regañarme, es muy estricto cuando se trata del sótano, pero eso solo me provoca mayor curiosidad.

Me agarra del brazo, arroja la otra mitad de la rama muy lejos y me lleva hacia dentro. Él ya tiene setenta y cuatro años, es debido a eso que no estoy acostumbrado a contradecirlo o resistirme, le queda tan poco cabello como dientes.

A pesar de todo suele ser un hombre con mucha energía, se encarga de la gran mayoría de tareas del hogar, es una pena que tenga que pasar sus últimos años de vida en un lugar tan decadente como este.

Pasan las horas y se torna de noche, todos nos encontramos reunidos en la gran mesa circular de la cocina, tiene una delgada tela roja cubriéndola por encima, con viejas manchas.

Es hora de cenar, sientan a mi hermana a un lado mío, todavía le cuesta comer por sí sola, entonces yo me encargo de ayudarla.

En la casa es mi abuela la que prepara la cena, siempre se le ha dado bien el cocinar a pesar de no estar en su mejor edad, de seguro fue una gran cocinera en su juventud.

La comida está preparada y humeante, me agrada la sensación del vapor en una noche tan fría y silenciosa como esta, debo decir que huele

delicioso.

Ella empieza a repartir los utensilios para servir la cena, yo siempre soy el primero en recibir el plato, comienzo a comer sin esperar a que se enfríe, en un plato de porcelana con los bordes agrietados y usando un tenedor de acero con una punta doblada.

El abuelo tiene el rostro decaído y me observa, me dice que lamenta ser tan estricto, pero que debo dejar el sótano en paz, allí dentro solo hay cosas antiguas y sin valor alguno, aclara él, mientras la abuela asiente con la cabeza.

Continúo comiendo, respondiendo que le entiendo, dirijo la mirada a la abuela para decirle que la comida está muy rica, es una sopa con trozos de carne, ella parece contenta de oírlo.

Al abuelo se le ocurre la idea de contarme un cuento para dormir, tras finalizar de cenar, debo decir que no estoy en la edad de que me lean cuentos, sin embargo me ponen contento ese tipo de detalles, es algo que él no hace desde hace tiempo.

Me dice que me dirija a la habitación, así que lo hago con prisa, subo las escaleras por delante de él, entusiasmado me quito las botas y me recuesto, tapándome hasta el cuello como es de costumbre y sin quitarme el abrigo.

Él agarra una vieja banqueta que hay volcada en un rincón de la habitación y la pone a un lado de la cama, entonces saca un pequeño libro debajo de su largo saco color café, la portada está escrita en un idioma que no entiendo y las páginas se ven amarillentas.

Se sienta y abre aquel libro, empieza a contar el cuento, resulta ser uno de terror, ya no me dan miedo ese tipo de historias, de hecho me divierten, aunque es inusual que el abuelo lea este tipo de cosas.

A medida que continúa leyendo, parece tratarse de un mito urbano, relata sobre una criatura tan antigua como la vida misma, un depredador que devora animales y humanos por igual, un ser hambriento y codicioso.

Sin darme cuenta cierro los ojos hasta dormirme, despertando casi al momento cuando afuera se escucha un sonido estruendoso.

Alzo la cabeza y veo al abuelo con una mirada perpleja y una amplia mueca de preocupación, observando por la ventana.

El abuelo deja el cuento encima de la repisa de la habitación y se va hacia

abajo, no sin antes mirarme y decirme que continúe durmiendo.

No ha de ser algo grave, él sabe manejarse bien, tal vez algo se cayó o hay animales silvestres molestando afuera, vuelvo a caer dormido sin oponer resistencia alguna ante el cansancio.

Capítulo 2

Despierto bostezando, otra congelada mañana, me pongo de pie y me dirijo a la cocina, recuerdo lo que sucedió anoche mientras estoy bajando, entonces veo hacia la banqueta para darme cuenta que aquel libro sigue justo ahí.

Al bajar solo veo a la abuela, sentada en un rincón de la cocina, todo parece estar en orden, me indica que el abuelo se fue a buscar leña para el fuego de la semana, se llevó a mi hermana para que pueda pasear como todos los días, al menos ella no se aburre.

Decido preguntarle sobre el fuerte ruido de anoche, pero no me responde, pareciera estar ignorándome mientras teje, como es usual.

En vez de insistir aprovecho que el abuelo no está, voy a revisar de nuevo el sótano, me pongo mi gorro de lana favorito, uno que la abuela me hizo hace años y le digo que estaré jugando afuera.

Tan solo unos pocos pasos fuera de casa y comienza a nevar, observo hacia el cielo, contemplando los copos de nieve... nos espera otro duro invierno.

Voy a la escotilla, pero esta vez hay algo diferente, la rígida madera está dañada, tiene diminutos agujeros por la superficie, como si algo muy delgado la hubiera perforado repetidas veces.

Me pongo de cuclillas para ver mejor, intento mirar desde el hueco más grande, pero entonces... algo me habla desde adentro.

Caigo de espaldas debido al susto, no puedo moverme del lugar, siento un hervor en el cuerpo, quedo aterrado observando la escotilla.

Puedo oír a alguien decir "*¿Quién anda ahí?*", mientras estoy paralizado, ¿Estoy imaginando cosas..? Esa voz proviene del sótano, ¿Por qué hay alguien ahí? Es la primera vez que sucede tal cosa.

Es una voz tan suave, se oye como un niño asustado y delicado, de alguna forma esa voz me tranquiliza, procuro acercarme poco a poco, intentando ponerme de pie.

"*¿Por qué estás en el sótano de mi abuelo?*" pregunto sin pensarlo, a lo que me responde "Estoy atrapado aquí desde hace mucho tiempo, creo que... estoy muerto", un horrible hormigueo me recorre el cuerpo tras escuchar eso.

Pero... No puedo evitar sentir compasión, ahora con menos tensión me pongo de rodillas en frente de la escotilla para hablarle, debo saber qué pasa.

No entiendo porqué el abuelo estaba ocultando algo como esto, es terrible, le digo al niño si hay alguna forma de ayudarlo a salir.

Me dice que necesita unas gotas de sangre para eso, a lo que me quedo pensativo y en silencio, ¿Por qué necesitaría unas gotas de sangre? No respondo nada al respecto, provocando que el niño comience a llorar, así que le digo que lo haría para tranquilizarlo, sin medir mis palabras.

Me lastimé muchas veces jugando, no tengo problema en astillarme un dedo, pero tengo que ser cuidadoso o el abuelo se va a dar cuenta, así que observo para todos lados y entro a casa.

La abuela ya se fue de la cocina, puedo aprovechar y agarrar la cuchilla que ella suele usar para cortar la carne, el mango está desgastado pero aún conserva el filo.

Salgo de nuevo, siendo lo más silencioso posible y con la cuchilla en mano, dejando entreabierto la puerta de casa.

Tropiezo al bajar la escalerilla en una momentánea distracción debido a mis pensamientos, caigo de frente, cubriéndome de polvo.

Siento un ardor al apoyar las manos para intentar levantarme, me doy la vuelta y veo la cuchilla tirada a un lado, entonces miro mi mano izquierda, para darme cuenta que tengo una gran mancha de sangre en la palma, arde muchísimo, la sangre fluye por los dedos.

Me pongo de pie a duras penas, evitando usar la otra mano, antes de vendarme debería aprovechar a darle un poco de la sangre.

Evito pensar en el dolor y doy los pasos que faltan, *"perdón... tropecé y me di un corte, me duele, por suerte el aire frío me ayuda con el ardor"*, pero no puedo evitar lagrimear mientras se lo digo.

Se escucha un profundo suspiro desde dentro del sótano tras unos segundos de silencio, ahora con un tono de voz más confiado, él me dice *"No te preocupes, podré recuperar las energías y luego te voy a ayudar a sanar esa herida, Alén"*, escuchando eso me siento aliviado.

Pero, recapacito en que aquel niño sabe mi nombre, lo que me hizo dejar de pensar en el dolor y la herida durante un momento, poniéndome la mente en frío del miedo.

"No temas, escuché tu nombre varias veces, cada vez que tu abuelo te regañaba por estar cerca de mí...", dice él, como si pudiera estar viendo mi reacción desde allí dentro.

Todo lo que está sucediendo es tan surrealista, pero siento una conexión con él, no puedo evitar hacerle caso.

Mirando hacia un costado, evitando ver la herida, abro la mano con amplitud y la pongo por encima de la madera, intentando estrujarla con la otra, para que las gotas de sangre puedan caer.

Se escuchan sonidos extraños a medida que la sangre cae y fluye por los huecos, suena a unos huesos retorciéndose, hasta que dejan de escucharse, le pregunto si se encuentra bien, pero se mantiene en completo silencio.

Pierdo la paciencia y me molesta ser ignorado después de haberme herido para ayudarlo, voy a tomar la cuchilla del suelo para desquitarme y la lanzo muy lejos, me voy hacia mi cuarto para cubrir la herida, reteniendo las lágrimas.

Agarro un sucio pedazo de tela que se desprendió de mi cama, me lo pongo alrededor de la palma, cubriéndola casi por completo.

A los minutos escucho unas voces afuera, observo por la ventana y parece ser que el abuelo y mi hermana están regresando, él viene arrastrando varios troncos de madera, utilizando unos gruesos cordeles.

El abuelo no está en su mejor época, pero no es nada ingenuo, se va a percatar de la mano vendada, debería bastar con decirle que me lastimé jugando.

La tarde pasó y nos encontramos reunidos para la cena, por suerte el abuelo me creyó, sin embargo me volvió a regañar por estar jugando sin cuidado y estuve todo el día en mi cuarto.

Aún no le pregunté sobre el ruido de anoche, ahora mismo solo quiero pasar lo más desapercibido posible.

Mientras estoy por dar el primer bocado me doy cuenta que las verduras están troceadas a la perfección, pero yo había arrojado lejos esa cuchilla.

Observo la mesada de la cocina, veo con claridad que la cuchilla se encuentra encima, trago saliva, me quedo mirando el plato.

Estoy seguro que esa era la única en toda la casa, ¿La vieron tirada afuera y no sospecharon nada al respecto? En el momento de confusión veo que la abuela tiene un dedo cortado, parece un tajo inofensivo, pero hay algo

que me está incomodando mucho.

Me apresuro a terminar la cena y subo a mi habitación sin siquiera dar explicación alguna, pero los abuelos no me dicen nada, continúan comiendo.

Cierro con cuidado la puerta y voy directo a mi cama, sin sacarme los abrigos ni el gorro, me acuesto cubriéndome por completo con las mantas, alzando mi mano izquierda y viéndola con preocupación.

Al momento escucho la puerta abrirse con lentitud, rechinando de una forma desagradable, mientras una gélida brisa comienza a congelarme desde los pies a la cabeza.

"¿Abuelo..?" pregunto levantándome, para ver que la puerta está abierta, pero sin nadie ahí.

Una sombra se posa desde el lado derecho de la cama, tapando la ventana, volteo la cabeza sin mover ni un centímetro el resto del cuerpo.

Lo veo ahí... un niño parado.

El corazón se me acelera, le pregunto quién es, preparándome para salir corriendo de la habitación.

Se encuentra desnudo pero la mitad de su cuerpo está tapado por la sombra, se ve azulado de lo congelado que está.

"¿Estás asustado, Alén?" me pregunta aquel misterioso niño, dejándome perplejo sin poder responder ni una sola palabra, ahora tengo las piernas paralizadas del susto como para correr.

Lo primero que se me ocurre es arrojarle algo, así que estiro un brazo hacia la repisa que está a un lado de la cama, pero no hay nada... ni siquiera el libro de antes.

Comienza a reírse, veo que sostiene el libro con su mano izquierda, la cuál parece estar lastimada, "*No te preocupes, dije que te iba a ayudar con esa herida... ¿No lo hice?*" responde tras mi intento en vano.

"Eres... el niño del sótano, ¿Cómo... hiciste para salir de ahí?" le pregunto con la mayor valentía posible.

Se queda callado pero siento una mirada penetrante desde la oscuridad, entonces comienzo a llorar sin poder evitarlo, sintiendo como la tensión y el temor continúan aumentando hasta que...

¡Despierto gritando!

El abuelo entra a la habitación empujando la puerta, "Alén... ¿Estás bien?" me pregunta, intento calmarme para poder responderle.

Me pongo una mano en el pecho, relajando la respiración, "Perdón, abuelo... *tuve una pesadilla*" le digo.

Él luce muy asustado por el grito que di, sin embargo me dice que es la hora de cenar, lo cual me confunde.

Veo hacia la ventana, aún es de noche, pero estoy seguro de que había cenado hace un momento, ¿Eso también fue parte de la pesadilla?

Recapacito... Estuve toda la tarde en la habitación, me puse a leer aquel cuento, pero no logro recordar ni un párrafo.

Voy hacia la cocina, donde todos están esperándome para cenar, excepto mi hermana, "*¿Dónde está Elizabeth?*" les pregunto, me responden que ella está muy cansada y se encuentra durmiendo.

Mi plato ya está servido así que me siento, la cena de hoy son algunos vegetales hervidos y tiras de carne.

Esta vez no puedo comer mucho, la carne tiene una textura extraña, como chiclosa, pero no quiero lucir irrespetuoso con la abuela.

Hago el esfuerzo por continuar masticando e intentar comerme todo, pero no doy abasto, le digo a la abuela que está delicioso, dejo el plato a un lado y regreso a la habitación con un mal sabor de boca.

La abuela me da las buenas noches, pero el abuelo no luce muy contento, posee una mirada perdida, ¿Estará bien?

Por mi parte siento un cansancio arrollador, este día transcurrió tan lento y esa pesadilla no me ayudó para nada.

Una vez en el cuarto, me tomo mi tiempo para ponerme ropa más cómoda y así acostarme de costado, mientras veo la ventana.

La ventana está blanquecina, la nevada comenzó, por la mañana todo el pueblo va a estar bañado en nieve, al menos voy a poder jugar con ella.

Y así, sin percatarme de la hora, tan solo observando la bella nieve caer, me duermo.

Capítulo 3

Despierto tras una noche particular, mientras un tenue rayo de sol intenta atravesar la gruesa capa de nieve que cubre la ventana.

Salgo de la cama fingiendo como si nada hubiera sucedido y echo un ojo a mis manos, las tengo azules... pero no siento el frío.

Me quito el vendaje que hice, viendo que la palma se encuentra en perfectas condiciones, sin una mínima cicatriz ni manchas de sangre, ¿Cómo es esto posible?

Estoy feliz y con las energías recompuestas, entonces escucho a la abuela desde abajo decirme "*Alén, querido, es hora de desayunar*", me emociono tras escuchar eso, ¿Incluso hoy habrá desayuno?

Voy abajo, la abuela me espera sentada junto a dos platos, "*¿Vamos a desayunar sin ellos?*", le pregunto, refiriéndome al abuelo y a Elizabeth.

En su rostro se forma una sonrisa de oreja a oreja, tiene la dentadura diferente... de pronto pareciera que sus dientes se tornaron puntiagudos.

Evito observar demasiado y veo los platos de comida, es sopa, se encuentran hasta el tope de un grasoso y rojizo líquido, con diminutos trozos de carne flotando.

"*Anoche no pudiste deleitar la cena*", me dice ella, ¿Esto es lo que estábamos comiendo anoche? no pude percatarme debido a la poca iluminación y el cansancio del momento.

Con la mano temblorosa agarro la cuchara y empiezo a revolver la sopa, hasta tomar un pedazo de carne que estaba en el fondo.

Me quedo inmóvil tras levantar la cuchara, ¿Esto es... un dedo?

Entro en desesperación y vuelco todo debido al susto, me pongo de pie y me hago hacia atrás, tirando la silla a un lado.

La abuela alza la cabeza, dirigiéndome la mirada, sin haber dejado ni la más mínima gota en su plato, tiene los ojos negros, con la misma aterradora e inmutable sonrisa.

Tengo la misma sensación que sentí durante la pesadilla de anoche... "*Quiero despertar... por favor, esta no es la abuela, tan solo despierta*", digo en voz baja.

"No te preocupes, al menos la pequeña niña no volverá a sentir hambre ni frío" dice la abuela, con un retorcido tono de voz, liberando un horrible hedor desde la boca, un hedor a... sangre.

Ella se levanta del asiento, sus huesos comienzan a retorcerse mientras se estiran y su piel va perdiendo color.

Entonces se acerca hacia la mesada de la cocina, donde hay una larga tela cubriendo algo, retira la tela mientras me observa de reojo, con una mirada ansiosa y diabólica.

Contemplo el horror en persona tras quitar la tela, una pila de huesos con carne desgarrada de lo que parece ser un pequeño cuerpo humano.

Me caigo de rodillas, empiezo a vomitar.

Cubierto por completo de sangre y mi propio vómito, salgo corriendo hacia afuera por puro instinto, intentando gritar ayuda pero sin tener las fuerzas necesarias para hacerlo.

La bruma cubre el pueblo, veo grotescos rastros de sangre marcando caminos en la nieve, en la desesperación me dirijo hacia el bosque sin pensar en nada más que alejarme de aquella cosa, aún deseando que esto sea una pesadilla.

Corro sin mirar atrás mientras tropiezo repetidas veces, me golpeo con ramas y la nieve que cae termina de cubrirme el cuerpo.

Hasta que me golpeo contra un árbol, intento levantarme pero ya no puedo soportarlo... tan solo quiero perder la consciencia.

Un tibio líquido comienza a caerme en la frente, intento observar entre la espesa bruma, para ver que hay un cadáver colgando en la cima del árbol, atravesado entre ramas, con trozos de carne faltantes en las costillas y el rostro arrancado.

La sangre continúa salpicándome, mientras escucho cuervos graznar.

Me toco la cara, intentando limpiarme con las manos, pero... no siento los dedos, no siento nada, es como si mi cara fuera de piedra.

Tirado en el suelo y perdiendo la noción de a poco... me desmayo.

Capítulo 4

Recupero la noción.

No puedo ver nada... todo está oscuro, siento un penetrante olor a carne podrida.

Me pongo de pie con las fuerzas que me restan, a lo lejos veo titilar sin cesar la luz de un amarillento foco, intento dirigirme hacia allá.

Entre los cortos lapsos de iluminación puedo observar herramientas, grandes objetos en desuso y manchas secas de sangre por el suelo y las paredes.

"¿Esto es... el sótano? Todo esto es mi culpa, ¿No es así?" me pregunto a mí mismo, mientras camino arrastrando los pies.

Me detengo al escuchar un fuerte ruido que proviene detrás de mí, parece ser la escotilla, alguien la está abriendo.

Volteo hacia atrás para ver que el abuelo está bajando con una mirada perdida, moviéndose sin rumbo.

Se percata de mi presencia, viene corriendo hacia mí, permanezco en el lugar, no puedo reaccionar... Estoy muy cansado.

Se abalanza sobre mí, una vez que se acerca, abrazándome, "*Alén... te dije que debiste dejarlo en paz...*", me dice, mientras derrama lágrimas.

De alguna forma, escuchar y sentir al abuelo me devuelve los sentidos, mi respiración se agita y me derrumbo en el suelo junto a él.

"*No quise nada de esto, abuelo... lo siento tanto*" le respondo, rompiendo en llanto también.

Algo de ánimo vuelve a lo que queda de mí, justo en ese momento el foco deja de titilar y se enciende por completo, iluminando gran parte del sótano.

Un escalofrío recorre cada centímetro de mi cuerpo, ante la imagen que hay en la pared enfrente de mí. Veo un cuerpo, cortado por la mitad y con sus ojos colgando, empalado contra la pared y con ambas partes alejadas entre sí, unidas por coágulos de sangre formando hilos.

Una inmensa masa de carne machacada, huesos amarillentos, restos de pelaje yacen en el suelo, piernas destrozadas y brazos sobresalen de

aquella deformidad.

Sin hacer nada más que lamentarme, me doy cuenta que lo que me está abrazando no es el abuelo, si no... otra copia sacada de la misma pesadilla.

Comienza a reírse de forma entrecortada, provocando un eco por el sótano, mientras escupe sangre, sus ojos se vuelven negros y las lágrimas se convierten en sangre.

Todos sus dientes empiezan a caerse, siendo reemplazados por una larga hilera de colmillos.

Me pongo de pie y voy hacia la pared, mientras aquella criatura se levanta, estirándose y desgarrando la ropa que llevaba puesta.

Poso mis azuladas manos en aquel cuerpo mutilado contra la pared, lamentándome y haciendo un último esfuerzo por hablar, "*Perdón abuelo, perdón abuela, perdón hermanita...*", digo en un susurro de lamento, dejando fluir una última lágrima de desesperación.

"*¿No quisieras ser salvado, pequeño?*" me pregunta desde detrás, sabiendo que ya no puedo responder.

Entonces volteo hacia él, contemplando la cruda realidad, una monstruosidad con características humanas.

Un cuerpo alargado y escuálido, la piel de un tono carmesí, diminutos huecos en lugar de orejas y nariz, que chorrean sangre.

Se acerca a mí, acariciándome la cara con una de sus extensas manos, posee unas garras tan largas como mi rostro.

Mientras sus garras se entierran en mis mejillas, mi vista se torna roja, escucho una carcajada incesante... entonces recuerdo aquel cuento y dos palabras que tanto se repetían en él.

El Mímico.